

IDENTIDAD NACIONAL: CRIOLLOS AL SERVICIO DE LA ARMADA ESPAÑOLA Y ESPAÑOLES AL SERVICIO DE LA ARMADA PERUANA DURANTE LA EMANCIPACIÓN

Jorge ORTIZ SOTELO
Capitán de fragata

El tema de la identidad peruana fue discutido ardorosa y prolongadamente por distinguidos intelectuales nacionales, cuyas posiciones iban desde defender la existencia milenaria de la misma hasta señalar su total inexistencia aun en nuestros días. Si bien este debate no ha concluido del todo, parece que hoy se ha llegado a una suerte de consenso en el sentido de entender que la identidad peruana es un proceso en marcha, aún no acabado pero ininterrumpido, al menos desde el siglo x, bajo el fuerte impulso de las sucesivas organizaciones estatales que han ejercido una fuerza integradora sobre la diversidad cultural que encierra nuestro país (1). El sentimiento de peruanidad no ha sido, pues, algo natural entre los nacidos en los linderos del actual territorio nacional, ya que hubo numerosos elementos que alteraron esa relación con la tierra natal. Por ejemplo, se ha argumentado que los primeros peruanos propiamente dichos, vale decir los que sintieron apego y se identificaron con el territorio nacional en su conjunto, habrían sido los encomenderos que se rebelaron con Gonzalo Pizarro. Sin embargo, este tipo de aseveraciones no hace más que resaltar lo frágil que resulta tratar el tema de identidades en forma fragmentaria, sobre todo en países complejos étnica y culturalmente como el nuestro. También se ha dicho que la peruanidad reside exclusiva y excluyente en las masas indígenas, pese a que éstas sólo comenzaron a cobrar conciencia de que formaban parte de una misma nación en el siglo xvii, y esto como efecto directo de la política colonial vigente que actuó como involuntario elemento de cohesión.

Por otro lado, la última parte del siglo xviii marca un giro importante en la toma de conciencia nacional. Impulsada por el virrey Gil de Taboada y algunos de sus sucesores, la Ilustración se convierte en el elemento germinal de este proceso. La labor de entidades como la Sociedad de Amantes del País, difun-

(1) MACERA, Pablo: *Conversaciones con Basadre*, Lima, 1979, pp. 129-131. PACHECO VÉLEZ, César: «Identidad Nacional, proyecto y utopía en el pensamiento de Víctor Andrés Belaunde», en *Obras Completas de Víctor Andrés Belaunde*, Lima, 1987, t. V, pp. 443-466.

dida a través de sus reuniones y su órgano *El Mercurio Peruano*, contribuyeron firmemente a un cambio significativo en el pensamiento de las élites intelectuales, que ejercieron luego un efecto multiplicador entre un número creciente de criollos e incluso peninsulares que finalmente impulsaron el proceso de emancipación. Aquella fue la época en que se comenzó a forjar la identidad nacional peruana, concepto que Pacheco Vélez definió muy bien como:

«conciencia de lo semejante, similar y afín que anima a una comunidad humana que ha llegado a una fase de unificación representada por una cierta estructura política asentada en un territorio coherente, y de la común participación en unos valores culturales recibidos, recreados y enriquecidos a lo largo de una historia también solidaria» (2).

La emancipación fue el lógico resultado de este proceso. Desencadenada simultáneamente en diversas partes del continente a raíz del incidente de Bayona, en 1808, la emancipación americana avanzó rápida e incontenible en un primer momento. Vino luego la etapa de represión realista, que tuvo en el virreinato peruano a uno de sus más firmes puntos de apoyo. La lucha duró varios años hasta que llegó a las costas de nuestro país. En ese lapso, el Perú fue escenario de algunos brotes conspiratorios y rebeliones, que denotaban que el momento de independizarnos estaba cercano; sin embargo, voluntaria o involuntariamente, la gran mayoría del país aún respaldaba el sistema imperante. Esta situación varió con la presencia de las corrientes libertadoras del sur y del norte, llevando a que tanto criollos como peninsulares optaran por identificarse a sí mismos con la «nación española», en un sentido lato, o con la «nación peruana». Sería simplista señalar que las decisiones entonces adoptadas obedecieron exclusivamente a sentimientos altruistas. Con seguridad hubo quienes así pensaron, pero es igualmente cierto que hubo quienes veían en la independencia una manera de obtener algún tipo de ventaja personal.

El presente artículo pretende brindar algunas luces sobre el tema de las motivaciones, presentando los casos de un grupo de criollos que sirvieron en la Real Armada y de algunos peninsulares miembros de ésta que sirvieron luego en la Marina peruana.

La Armada española se constituyó en el primer cuarto del siglo XVIII como una organización única destinada a la defensa naval del imperio español, en reemplazo de las numerosas armadas y escuadras autónomas antes existentes. En ella tuvieron cabida tanto los españoles peninsulares como los procedentes de las provincias de ultramar. Fue así que desde mediados de ese siglo encontramos peruanos en las Reales Compañías de Guardiamarinas (primero en Cádiz, luego en El Ferrol y finalmente en Cartagena), así como en el Cuerpo de Pilotos y en los otros que conformaban la Armada.

Lamentablemente, sólo hemos podido conseguir cifras fiables en el primero de estos casos, habiendo encontrado que veintisiete jóvenes criollos peruanos ingresaron en las compañías de guardiamarinas. También hubo criollos de

(2) PACHECO VELEZ, C.: *Ibidem*, p. 455.

otras partes de América que ingresaron en el servicio naval español, muchos de los cuales vinieron luego destinados al Apostadero Naval de El Callao. Entre ellos, el que más se distinguió de aquel aporte americano a la Marina española fue Juan Francisco de la Bodega y Quadra, quien falleció como capitán de navío en México en 1794, tras haber llevado a cabo una fecunda labor de exploración de la costa oeste norteamericana (3). De todos estos criollos vamos a ver los casos de José Hermenegildo de la Cagiga y de Santiago, Jose Mariano Cossio y Urbicaín, José Manuel Pareja y Septién, Eugenio Cortés y Azúa y Carlos García del Póstigo. Cada uno tuvo una diferente reacción ante esa difícil disyuntiva de escoger entre lo que entendía como su nación, vale decir, su propia identidad nacional.

José Hermenegildo de la Cagiga y de Santiago nació en San Lorenzo de Pachas, Huánuco, en 1776, ingresando en la compañía de Cádiz en 1791 (4). Al año siguiente inició su servicio a bordo, y en 1803, ya como alférez de navío, lo encontramos en El Callao denunciado ante la Inquisición junto con el consignatario de la *Doly* por recibir libros prohibidos (5). En los años siguientes continuó sus servicios en el Apostadero de El Callao, sea al mando de la corbeta *Abascal* o como oficial de órdenes (6), contrayendo matrimonio con una joven peruana. En 1819 tomó parte activa en la defensa del puerto contra los ataques de Cochrane, siendo felicitado por ello en octubre de aquel año. En 1821 ya era capitán de fragata, aún cuando tenía seriamente resquebrajada su salud, al punto de dar poder para testar en mayo de ese año. En septiembre, cuando se produjo la rendición de los castillos de El Callao, Cagiga decidió permanecer en el país (7). Aparentemente, esa decisión estuvo fuertemente influida por su propia familia. Lamentablemente, no hemos podido ubicar ninguna noticia sobre su posterior actividad bajo el régimen republicano, ni la suerte que corriera durante la reocupación española de Lima y El Callao.

El segundo de nuestros personajes, el arequipeño José Mariano Cossio y Urbicaín (8), nació en 1777 y era el hijo mayor del coronel del Regimiento Provincial de Caballería y alcalde de Arequipa. Tras servir en el regimiento de su padre, en 1794 fue admitido en la Compañía de El Ferrol, iniciando su servi-

(3) TEMPLE DUNBAR, Ella: «Apostillas sobre el marino limeño Juan Francisco Bodega -La Quadra y Mollinedo» en *Actas del Primer Simposio de Historia Marítima y Naval Iberoamericana*, Lima, 1993, pp. 387-395. ORTIZ SOTELLO, Jorge: «Juan Francisco de la Bodega y Quadra», inédito.

(4) Museo Naval, Madrid (en adelante MNM), ms. 1074, asiento 2560, ms. 1162, f. 210.

(5) PALMA, Ricardo: «Anales de la Inquisición de Lima», en *Tradiciones Completas*, Ed. Aguilar, Madrid, 1968, p. 1284.

(6) GREGORIO PAREDES, José: *Almanaque Peruano*, y *Guía de Forasteros*, 1816, 1817, 1818.

(7) MNM, ms. 2260, Cartagena, Madrid, 26-5-1822, Bustamante al comandante del apostadero de Cartagena.

(8) Archivo Histórico de Marina (en adelante A. H. M.), libro 276, p. 259. ORTIZ (1980): pp. 29-30. A. A. B., expediente personal de José Mariano Cossio y Urbicaín. VÁLGOMA y FINESTRAT, D.: IV, n.º 3569. MNM, ms. 1071, asiento 536; ms. 1162, f. 210v. TAURO, Alberto: *Enciclopedia Ilustrada del Perú*, art. José Mariano Cossio y Urbicaín. Mendiburu.

cio a bordo ese mismo año. Efectuó cruceros en el Mediterráneo y el Atlántico y tomó parte en una entrada a Brest que realizaron las fuerzas españolas. A bordo de la fragata *Perla* asistió al combate del 11 de febrero de 1797 contra una fuerza naval británica y a varios ataques de lanchas durante el bloqueo de Cádiz. En la corbeta *Morca* navegó por las Canarias, Puerto Rico y La Habana, donde sufrió «calenturas malignas» que mermaron su salud. En octubre de 1804, se le dio el mando interino de la referida corbeta y en diciembre se le concedió el retiro del servicio con el grado de teniente de fragata, sin goce de sueldo.

Tras permanecer algún tiempo en España, donde algunas fuentes lo dan como asistente en Trafalgar, solicitó y obtuvo permiso para asentarse en Arequipa. Fue alcalde de esa ciudad en 1816, 1822 y 1827; y diputado ante la Asamblea de Sicuani, en 1836. También desempeñó brevemente el cargo de prefecto en 1840. En septiembre de 1843 se le otorgó despacho de capitán de navío efectivo de la Marina peruana, falleciendo en 1858. Resulta evidente que las vinculaciones de Cossio con su Arequipa natal eran sumamente fuertes, y ello habría sido la causa fundamental tanto de su retorno de España como de su determinación en torno a la causa patriota.

El tercer caso, el del limeño José Manuel Pareja y Septién, puede resultarnos más cercano (9). Nacido en 1813, su padre fue el brigadier de Marina Antonio Pareja y Serrano. Nombrado gobernador de Concepción en 1811, el brigadier Pareja falleció en Chillán en mayo de 1813, cuando estaba al frente de una expedición enviada por Abascal para batir a la Patria Vieja chilena. La viuda, hermana de otro oficial naval, acompañada de sus hijos menores, se retiró poco después del virreinato peruano, y en 1827 el joven José Manuel Pareja sentó plaza como guardiamarina en Cádiz. De ese modo dio inicio a una meritoria carrera naval que le llevó a obtener varias condecoraciones por acciones distinguidas y a desempeñar el cargo de ministro de Marina. En 1864 se le nombró comandante general de la escuadra del Pacífico, negociando en tal condición con el general peruano Ignacio Vivanco el tratado de devolución de las islas Chíncha, capturadas poco antes por el impetuoso almirante Pinzón. Las complicaciones que siguieron a este hecho fueron manejadas con cierta fluidez en el caso de Perú, sin embargo, el profundo resentimiento que sentía hacia Chile hizo que endureciera su posición respecto a dicha nación. Por tal razón, cuando la corbeta chilena *Esmeralda* capturó a la goleta española *Covadonga*, Pareja no encontró salida más digna que suicidarse a bordo de su buque insignia, la fragata *Villa de Madrid*. Este trágico hecho tuvo lugar el 30 de noviembre de 1865, habiendo llevado su aversión hacia Chile al punto de dejar órdenes expresas para que su cuerpo no fuese arrojado en aguas chilenas. No cabe duda que la temprana edad a la que se retiró del Perú no le permitió sentar raíces, más bien conservó por siempre la amarga experiencia de la muerte de un padre al que no llegó a conocer.

(9) MENDIBURU, Diccionario, artículo Antonio Pareja. VÁLGOMA y FINESTRAT, D.: V, p. 360, n.º 4661, *Enciclopedia General del Mar*, artículos Antonio Pareja y José Manuel Pareja.

José Eugenio Cortés y Azúa nació en Santiago de Chile en 1776, ingresando en la Marina española a los 17 años de edad (10). A partir de 1795 prestó servicios en el Apostadero de El Callao. Algunas fuentes señalan que regresó a España y tomó parte en la batalla de Trafalgar, en 1805; sin embargo, la documentación revisada señala que continuó en El Callao hasta 1820. En octubre de ese año, ya como teniente de navío, se encontraba como segundo comandante de la fragata *Prueba* navegando hacia Panamá y luego a Acapulco, donde desembarcó para pedir auxilios. Sin embargo, la situación mexicana estaba igual o más complicada que la peruana, y poco después de que el virrey reconociese la independencia de esa nación, Cortés ingresó a su servicio como comandante general de Marina, cargo que habría de ejercer hasta 1828. Serviría luego en la Marina peruana entre 1829 y 1836, fecha esta última en que pasó a residir en Valparaíso, donde falleció en 1849. No hemos llegado a entender del todo las motivaciones de Cortés para dejar el servicio naval español. Tenía muchos más motivos para haberlo hecho en El Callao, dada su larga permanencia en dicho puerto y el hecho de tener a parte de su familia en Lima (11), pese a lo cual se mantuvo fiel a la Corona, y sólo varió su actitud cuando vio perdidas sus posibilidades de éxito. Más aún, no retornó al Perú ni a Chile de inmediato, lo cual abona la propuesta de la patria grande americana en desmedro de una identidad nacional más bien local.

El otro chileno mencionado, Carlos García del Póstigo Bulnes, nació en Concepción, siendo su padre el teniente de navío Isidoro García del Póstigo. Ingresado en el servicio naval español, sirvió en diversos buques y combatió a los patriotas mexicanos en 1812, pasando luego al Apostadero de El Callao. Tuvo diversos destinos en los buques de dicho Apostadero, tomando parte en el bloqueo a las costas de Chile, y llegando a desembarcar y asistir a la batalla de Maypú, donde cayó prisionero de los patriotas. De regreso a El Callao, participó en la defensa contra los ataques de Cochrane en 1819, siendo felicitado por ello, y continuó luego al mando del bergantín *Pezueta* hasta la rendición de la plaza, en que decidió quedarse al servicio del Perú con el mismo buque, al que se le dio por nuevo nombre el de *Balcarce*. García del Póstigo haría una interesante carrera al servicio de Perú y eventualmente de Chile, llegando al grado de contralmirante. Está claro que su opción por la causa patriota estuvo vinculada no sólo a su lugar de origen, sino a las raíces que había echado en tierras peruanas, donde formó hogar algunos años antes. A diferencia de los otros casos, la decisión de García le llevó a combatir a sus antiguos compañeros de armas.

Un caso aparte es del limeño Eduardo Carrasco. Hijo de un comerciante español y de una limeña, Carrasco fue de los primeros en seguir estudios de pilotaje en la Academia Real de Náutica de Lima, desempeñando luego el destino de profesor entre 1806 y 1816, en que fue dado de baja en la Armada debi-

(10) A. H. M., expediente personal del contralmirante Eugenio Cortez y Azúa. FIGUEROA, Virgilio: *Diccionario Histórico y Biográfico de Chile*, Santiago, 1928, T. II, p. 461. A. A. B., Legajo 71, 21-6 a 18-8-1822. Informes del capitán de navío José Villegas sobre la deserción de las fragatas *Prueba* y *Venganza*.

(11) Una hermana suya formó familia con Timoteo de Nordenflycht, quien se hallaba al frente de la Comisión de Minería del Virreinato.

do a sus vinculaciones con el grupo de Riva-Agüero. Carrasco continuó conspirando por la independencia hasta el ingreso en las fuerzas de San Martín, quien reconoció sus patrióticos méritos y le otorgó el grado de teniente primero en la Marina nacional. En 1824, cuando El Callao fue capturado por los realistas, Carrasco fue tomado preso y llevado a la isla de Esteves, en Puno, donde permaneció hasta finales de aquel año. En los años siguientes hizo una meritoria carrera en la Marina peruana, llegando a ostentar el grado de contralmirante y a ejercer el cargo de cosmógrafo mayor de la República. Creemos que la decisión de Carrasco por el grupo patriota está vinculada a su firme convicción de que el Perú estaba maduro para gobernarse a sí mismo. Factor desencadenante en este pensamiento fue la presencia de Riva-Agüero. Pese a ello, no encontró dilema de conciencia entre su servicio en la Armada española y sus actividades conspiratorias, llegando incluso a convencer a varios de sus alumnos para tomar parte en las labores en las que se hallaba comprometido.

Además de los ya mencionados, sabemos que algunos otros miembros de la Armada española se quedaron con los patriotas luego de la rendición de los castillos de El Callao, en septiembre de 1821. Fueron los subtenientes de Infantería de Marina Antonio Ansina y Vicente Rebuelta, el tercer piloto Miguel Murcia y el oficial primero del Cuerpo político Francisco de Miangolarra (12). Español de nacimiento, este último había servido en El Callao desde 1790 y aparentemente había formado familia en tan largos años de permanencia (13).

Al margen de los ya citados, el caso que más nos ha llamado la atención es el del brigadier José Pascual de Vivero (14). Natural de Sevilla, Vivero ingresó en la Armada española en 1778 zarpando de inmediato con destino a El Callao a bordo del navío *La América*. Permaneció en aguas peruanas por espacio de siete años, retornando luego a Cádiz. En 1788 volvió a América al reconocimiento del estrecho de Magallanes efectuado por la *Santa Eulalia* y la *Santa Casilda*. De regreso a la Península, tomó parte en la campaña sobre Ceuta y Tánger, y en 1793 se le dio el mando del bergantín *Peruano*. A finales del año siguiente arribó a El Callao, desempeñando diversas comisiones con dicho buque, hasta que en 1804 tomó el mando interinamente del Apostadero, ya con el grado de capitán de fragata. Retuvo dicho cargo por más de diez años, luego de los cuales pasó a Chuquisaca como gobernador interino. En 1818, ya como brigadier, fue nombrado gobernador de Guayaquil, donde fue tomado prisionero cuando aquella ciudad se proclamó independiente. Llevado ante San Martín, éste lo puso en libertad a condición de no tomar armas contra Perú. Para esa fecha, al menos desde 1804, ya tenía varios años de convivencia con Luisa Morales, mujer de ascendencia africana, relación que le había valido ser calificado por otros oficiales de Marina como inmoral por su «roce poco decen-

(12) MNM, ms. 2260, Cartagena. Madrid 26-5-1822. Bustamante al comandante del apostadero de Cartagena.

(13) MNM, ms. 2260. Lima 31-10-1819. Relación de servicios del oficial 2.º del Cuerpo político Francisco de Miangolarra (15-16).

(14) A. A. B., expedientes personales, brigadier José Pascual de Vivero. Archivo Histórico de Marina, expediente personal del vicealmirante José Pascual de Vivero.

te y demasiado inmediato con gentes de color» y que se le negara repetidas veces la autorización para contraer matrimonio. En 1820, cuando fue tomado prisionero por los patriotas guayaquileños, la pareja contaba ya con varios hijos.

Esta situación le llevó a tomar la dura decisión de abandonar el servicio naval español, presentándose ante San Martín cuando La Serna abandonó Lima. Conociendo sus antecedentes y cualidades, San Martín lo admitió al servicio peruano, y en octubre de 1822 fue nombrado comandante general de Marina. Vivero tuvo la delicadeza de renunciar a su grado militar español, pidiendo que sólo se le reconociera el de capitán de navío. Ejercería la Comandancia General de Marina hasta meses antes de su muerte, acaecida en 1834. La situación de Vivero empero no quedó resuelta en 1821, pues cuando se produjo la defección de los castillos de El Callao, a principios de 1824, fue tomado prisionero por los realistas. Tentado inicialmente para retornar al servicio español, se negó a ello, siendo enviado a prisión en la isla de Esteves. En dicha marcha tuvo un gesto de gallardía cuando exigió ser considerado entre los que debían ser diezmos por la fuga de dos oficiales patriotas en San Mateo. Resulta curioso conocer que los jefes militares españoles a cargo de esa operación, pese a considerarlo un traidor a la causa real, guardaban hacia él gestos de innegable consideración, pues aparentemente comprendían la terrible disyuntiva por la que había tenido que pasar al tener que escoger entre su patria natal y aquella donde había sentado raíces.

En efecto, nos queda claro que las razones de Vivero para identificarse con Perú fueron la numerosa familia que había forjado con Luisa Morales. Varios de sus hijos e hijos políticos ingresaron al servicio naval, desde el mismo año 1821, reforzando más aún los ya firmes vínculos que el sevillano tenía con nuestra tierra.

La breve revisión que hemos hecho de estos casos, nos ha dado una muestra variada de lo que fueron las motivaciones de algunos miembros de un sector específico de la población peruana durante el proceso de emancipación. Lo pequeño de la muestra no permite hacer generalizaciones, sin embargo, creemos que sí podemos ensayar algunas propuestas. La primera es que sólo uno de los casos estudiados se puede enmarcar en lo que hemos de calificar como un purismo ideológico (Carrasco), ya que todos los demás actuaron atendiendo a conveniencias personales, con motivaciones que iban desde el sentido de unión familiar (Vivero y Cagiga) hasta el de no tener más opción que abrazar la causa patriota (Cortés y García del Póstigo).

Esto, que en cierto modo puede resultar patético, pues desvirtúa la imagen heroica del momento de la independencia, no hace más que llamarnos a una reflexión adicional. Conforme hemos visto, el sentido de identidad nacional era entonces sumamente difuso y habría de continuar en dicha forma hasta la Guerra del Pacífico, en que la población andina comenzó a cobrar vaga conciencia de pertenecer a un todo, vale decir, a una nación que era homologada como enemiga por las fuerzas chilenas. Por otro lado, el efecto de la guerra como elemento de cohesión nacional tuvo variados matices, dependiendo de la intensidad de la lucha en el territorio.

Ahora bien, cabe preguntarse si hoy, cuando han transcurrido más de 172 años de la declaración de independencia, y 114 desde el inicio de la Guerra del Pacífico, la situación respecto a la identidad nacional peruana ha variado o ha adoptado un sesgo definitivo. Cada uno de los acá presentes podrá dar una respuesta diferente a esta interrogante, pero lo que sí resulta necesario recalcar es que los tiempos actuales son altamente propicios para crear, fomentar o fortalecer esa identidad. En efecto, ayer fue la guerra de emancipación y luego la del Pacífico, hoy es la lucha que sostenemos contra la subversión la que ha homologado a todos los habitantes del país en torno a un ideal de supervivencia como nación. Lo que hemos vivido en estos últimos doce o trece años, dramáticos y crueles como han sido, creemos que resulta un importante elemento de cohesión nacional aún no explotado. El reciente caso de los ashaninkas enfrentando a colonos en la selva de Satipo, o el de la bomba en el jirón Tarata, en Miraflores, o la patética cifra de casi treinta mil hombres, mujeres y niños caídos en esta lucha, tienen un signo común, claramente negativo, pero común al fin. Cabe ahora sacar la enseñanza positiva de este baño de sangre, tal como ocurrió con la revolución mexicana, que constituyó un importante elemento de cohesión para esa nación; debemos hacer que esto se convierta en una suerte de peaje para la forja o consolidación de nuestro ser nacional. Ello requiere una adecuada sistematización y teorización, labor que no debe ni va a ser emprendida por el gobierno de turno, sino que es una labor que corresponde básicamente a los intelectuales peruanos, reunidos en torno a la universidad, pues es ese estamento de nuestra sociedad el que finalmente alimenta la conciencia de la nación. El reto es enorme, pero es igualmente enorme la responsabilidad de dejar pasar una oportunidad histórica de contribuir a la forja, cimentación o consolidación de nuestra identidad nacional.